

se hayan establecido las escuelas populares, las preocupaciones caerán por su propio peso. No hay, pues, que apelar á medio violento alguno (1).» Esta esperanza no se realizó, pues ni las escuelas populares tomaron el vuelo que esperaba la emperatriz, ni desaparecieron las sectas en el plazo por ella señalado.

Siguiendo el ejemplo de Pedro el Grande, Catalina quiso poner ciertos límites al régimen de los conventos; vedó las mortificaciones rigurosas (2); dispuso que solo se permitiera entrar en ellos á las personas de edad avanzada y prohibió la creación de nuevos monasterios, fundándose en que existían ya demasiados y en que su estado no tenía nada de satisfactorio (3). En una carta dirigida al conde A. S. Stroganoff, se expresaba con dureza respecto de «las pueriles hipocresías» de la vida monacal que no producían utilidad alguna, y que por su carácter ridículo y frívolo debían ser fuertemente reprimidas. Stroganoff contestó aconsejando que se usara de cierta tolerancia para con los conventos existentes (4). La emperatriz fué tolerante y manifestó el deseo de que no se opusiera obstáculo alguno á la residencia de los hernutas (hermanos moravos ó de la unidad) en Rusia (5); influyó para que se permitiera á los islamitas el ejercicio de su culto: se quejó, en una carta dirigida á Voltaire, de la intolerancia de los capuchinos de Moscou que se habían negado á enterrar á un francés que había muerto de repente sin haber podido recibir los sacramentos, y le manifestó que se había procurado, por medio de una actitud enérgica, suavizar el rigor de tan intolerantes monjes (6). Cuando con motivo de la sublevación de Pugatscheff, se vió claramente que la ignorancia del clero era una de las principales causas de aquella terrible crisis, dijo la emperatriz que dirigiría todos sus esfuerzos á elevar el nivel intelectual de los sacerdotes (7). Sin embargo nada importante se hizo para este objeto.

Catalina sostuvo relaciones con la Iglesia católica, especialmente con motivo de la cuestión polaca; tomó el partido de los disidentes polacos; y como en los territorios de Polonia nuevamente adquiridos había muchos súbditos rusos católicos, tuvo que establecer con la Iglesia católica un *modus vivendi*, relacionándose con el Papa y abordando en Rusia la cuestión de si la orden de los jesuitas debía subsistir ó desaparecer, etc.

Ya en 1760, con ocasión de los desórdenes de Polonia y cuando se trataba de conceder derechos políticos á los disidentes polacos, encontré Catalina con la presión de la propaganda católica. En una carta que escribió á Voltaire, se quejaba de que el nuncio pontificio predicase una cruzada contra ella, y decía con cierta sorna que el Papa tomaba bajo su amparo á los turcos y quería impedir la conquista de Constantinopla por los cristianos, de modo que no sería extraño ver algún día á un Mufti nombrado Papa. Mas adelante escribía, hablando de Clemente XIV: «Ganganelli tiene demasiado talento para enfadarse por mis triunfos; nada tenemos que repartirnos él y yo: yo no le he arrebatado ni á Aviñón ni Benevento.» Luego añadía en tono de burla que Voltaire debía ser elegido Papa y que se vería el hecho inaudito de aliarse amistosamente los jefes de las Iglesias de Oriente y de Occidente. Prometía, además, guardar una

(1) *Dietario de Chrapowitsky*, 18 de julio de 1782.

(2) *Archivo ruso*, 1872, pág. 320.

(3) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XIII, 15.

(4) *Ilustración de la Sociedad histórica*, X, 259. *Russkaja Starina*, XXIII, 712.

(5) Ssolowieff, XXIX, 132.

(6) *Ilustración de la Sociedad histórica*, X, 348, 352, 416, 423.

(7) *Ilustración de la Sociedad histórica*, VI, 150.

actitud prudente, pero hacia prever cierta «energía exenta de obstinación (8).»

Cuando se agregó al imperio la Rusia Blanca, fué preciso pensar seriamente en regularizar las relaciones con el Papa. La emperatriz, sin atentar en lo mas pequeño á los dogmas católicos, procuró conservarse independiente del pontificado; así es que en 1772 ordenó que no se pudiera proclamar en la Rusia Blanca ninguna bula ni decreto pontificio sin la vénia del procurador general y sin la sanción de la emperatriz. Esta, en la lucha contra los ataques del pontificado, tuvo á su lado al obispo de Mohileff, Sestrenzewitz-Bogusch, y así pudo atender, sin obstáculo alguno, á la organización de la Iglesia católica en los territorios rusos. En 1782 nombró arzobispo á Sestrenzewitz, sin tener para nada en cuenta que este no gozaba de simpatía alguna entre la Curia romana (9). Cuando se creyó que Pio IV negaría la confirmación al nuevo arzobispo, Catalina escribió á Grimm diciéndole cuánto sentiría que el Papa la obligase á adoptar medidas extremas (10).

Por aquel tiempo, gustaba Catalina de burlarse de Pio IV aun en sus cartas dirigidas á José II; y cuando supo que el Papa pensaba ir á Viena, escribió diciendo que Pio IV iba á la capital de Austria para atender no tanto á los intereses de la cristiandad, como á las ventajas de su prebenda; manifestaba también la esperanza de que el Papa no permanecería mucho tiempo en Viena, y añadía que no envidiaba á José el honor de estar tan cerca del sumo pontífice, que para los no católicos un sacerdote italiano era siempre motivo de cuidados ó de celos, que, á estar ella en Viena, sus ideas de tolerancia disgustarían tanto á Su Santidad que pronto tendría que regresar á Roma, y que ella aceptaría con gusto la responsabilidad de sus actos, pues á pesar de todas las excomuniones del Papa, se encontraba perfectamente. Por último escribió manifestando sus deseos de ver al emperador libre cuanto antes de aquella carga, y diciendo que un sacerdote de esta clase era un «mueble incómodo (11).»

La emperatriz por medio de enérgicas notas, supo ejercer cierta presión en el ánimo del Papa (12), de suerte que Pio IV hubo de ceder y de reconocer al arzobispo, y variar, conforme á los deseos de la emperatriz, la forma de juramento que prestó Sestrenzewitz en el acto de la consagración. Los esfuerzos que hizo Catalina para conseguir en favor del nuevo arzobispo el capelo cardenalicio no produjeron ningun resultado, no lográndose su deseo á pesar del empeño que en ello puso el diplomático ruso, príncipe Jussupoff, que en 1785 residía en Roma. Con razón han sido admiradas la energía y tacto con que la emperatriz supo regularizar las relaciones con el pontificado que tanta importancia habían adquirido despues de la segunda y tercera desmembración de Polonia. Para ello tomó ejemplo de la conducta que con el Papa había seguido José II, sin por eso ligarse estrechamente con la Santa Sede. En una carta dirigida á Sestrenzewitz decía: «No pongo en mi imperio ningun impedimento al ejercicio de religión alguna, ni á vuestras relaciones con Roma; pero como sé que esa corte tiene grandes pretensiones, quiero que vuestra obediencia no sea fraccionada; lo quiero.» Catalina nunca pensó en hacer un Concordato, pues creía que, en caso necesario, también podría atender,

(8) *Ilustración de la Sociedad histórica*, X, 348, 352, 416, 423.

(9) Tolstoi, *El catolicismo romano en Rusia* (ruso), San Petersburgo, 1876, II, 4-35.

(10) Estoy cansada de todos esos aplazamientos y miserias; por mi fe que si él traza culebras, solo á sí propio debe culpársele. *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXIII, 259.

(11) Arnoeth, *José II y Catalina*, pág. 23, 36-38, 123-127.

(12) Véase, por ejemplo, Tolstoi, II, 33-35.

sin consentimiento del Papa, á los intereses de sus súbditos católicos. Las quejas del Pontífice quedaron por tanto desatendidas; y el hecho de permitir la emperatriz despues de suprimida por el Papa la orden de los jesuitas, que estos permanecieran en Rusia, nos demuestra la actitud independiente que la emperatriz observó respecto del Papado. En esta, como en todas las ocasiones, la fuerza de expansión que caracterizaba todos los actos de la emperatriz, obedecía á la idea elevada de la autoridad del Estado (1).

Policia de higiene

Al comenzar el reinado de Catalina (1763), se fundó el Colegio imperial de medicina: hecho que formó época en la historia de la medicina rusa y era una prueba del interés con que la emperatriz atendía á todas las cuestiones de higiene del pueblo (2). Como primer presidente de aquella corporación figuró el baron Alejandro Cherkassoff, que gozaba de la especial confianza de la emperatriz y que puede ser considerado como el fundador de la nueva institución de higiene popular (3). El fué quien suscitó en Rusia la cuestión de la vacuna: había estudiado en Cambridge con gran interés la medicina y la agricultura; y la emperatriz supo utilizar sus conocimientos, como los de otros hombres, en servicio de los intereses generales del imperio. Cherkassoff fué causa del viaje á Rusia del baron Dimsdale, que vacunó á la emperatriz y al gran duque Pablo.

El hecho de que la emperatriz se dejara vacunar fué considerado como una heroicidad. Catalina escribió á Voltaire diciéndole que sobre esto se había hablado mucho é inútilmente; que no había estado enferma; que no se había visto obligada á suspender el despacho de los asuntos; que en vista de esto se había decidido á hacer vacunar á su hijo; que Orloff, al día siguiente de haberse hecho la operación, pudo ir á caza, etc. (4) Federico había dicho á la emperatriz que la vacuna no estaba exenta de ciertos peligros, pero ella procuró convencerle de lo contrario, y le dijo que el temor de ser víctima de la epidemia de viruela que en aquel tiempo reinaba en San Petersburgo la había inducido á hacerse vacunar (5). Burlóse del rey de España que había dicho terminantemente que no solo no se dejaría vacunar, sino que no consentiría que se vacunase ninguno de su familia (6); y en 16 de noviembre de 1768, escribía al gobernador general Browne diciéndole: «Ayer recibí vuestra carta, en la cual me felicitais por haber salido con bien de las viruelas. Porque me decis, señor general, que para dejarme vacunar he necesitado tener cierto valor lo creo, pero yo he pensado que ese valor lo tiene cualquier pilluelo de Inglaterra. El elocuente y hábil doctor Dimsdale, vuestro compatriota, infunde valor á todos los de San Petersburgo; así es que apenas hay familia acomodada en la que no tenga un paciente de su especialidad. Los granos variolosos del gran duque

disminuyen y por tanto este peligro queda, á Dios gracias, vencido (7).»

En su carta á Federico II decía que desde su infancia siempre había temido extraordinariamente á las viruelas; que á consecuencia de esto había creído prudente librarse de tan indigno é insignificante cuidado (8), y que cuando se hubo convencido de la eficacia del preservativo, consideró un deber imperioso dar el ejemplo á los demás.

En este último sentido se apreció el acto de la emperatriz, la cual recibió á varias diputaciones que le dieron en nombre de la nación las gracias por haber contribuido para lo porvenir á salvar la vida de un número infinito de sus súbditos. En la contestación que les dió manifestó que esta había sido la idea que la había guiado y que estaba siempre dispuesta á hacer lo que hacer debe todo buen pastor por su rebaño (9).

No hay duda alguna de que el ejemplo de la emperatriz ejerció benéfica influencia: á centenares y á millares dejáronse los rusos vacunar, cuando sin aquel ejemplo pocos hubieran sido los que se hubiesen decidido á ello. Sievers manifestó su contento porque por este camino se habían vencido fácilmente las preocupaciones y se habían roto las cadenas de la superstición, y dijo que aquel acto merecía un monumento (10). Catalina se reía del rápido cambio que habían sufrido las opiniones de los hombres: pocas semanas antes nadie quería oír hablar de la vacuna y despues todos ansiaban vacunarse lo mas pronto posible; la vacuna se había puesto de moda (11). Pronto sus beneficios se extendieron hasta los mas apartados confines del imperio (12). La emperatriz había sabido sacar partido de su elevada posición para hacer propaganda en pro de esta victoria alcanzada en el terreno de la higiene.

En resumen, la emperatriz mostró infatigable actividad en el terreno de la legislación y de la administración y un conocimiento profundo de las condiciones necesarias al público bienestar. Dedicó su atención á los mas diversos ramos de la administración, ya estudiando la manera de sustituir los castigos corporales por castigos pecuniarios (13), ya influyendo para que se introdujeran las patatas en la agricultura rusa (14). La moderación con que procedía al reclutamiento del ejército (15); el interés que se tomaba por los detalles del sistema penitenciario (16); la manifestación de que los llamados tribunales de conciencia «eran la norma de la moralidad del pueblo (17);» el deseo de reformas que alimentaba respecto á todos los ramos de la administración, el celo con que se enteraba de todos los asuntos, y el talento con que exponía su opinión sobre algunas cuestiones, todo esto nos demuestra un noble esfuerzo que no siempre en la práctica se veía coronado por el éxito. Las difíciles circunstancias por que atra-

(7) *Ilustración de la Sociedad histórica*, II, 312. En las págs. 295-322, se encuentran las Memorias de Dimsdale sobre su permanencia en Rusia y el buen éxito de la vacuna.

(8) *Je fus si frappé d'une situation remplie de tant de turpitude que je comptais pour faiblesse de n'en pas sortir.*

(9) Ssolowieff, XXVIII, 5-8.

(10) Blum, I, 272.

(11) Véase su carta á Chernyscheff en el *Archivo de Russky*, 1871, pág. 1, 319.

(12) Ihrmann mandó vacunar á centenares de niños en Siberia; véase Masson (alemán), III, I, 130.

(13) Wjasemsky, en el *Archivo de Russky*, 1865, pág. 629.

(14) Véase el trabajo de Bühler en la *Russky Wjestnik*, 1870, pág. 17.

(15) Blum, I, 194. Colección legislativa completa, números 12, 406 y 12, 527.

(16) Ssolowieff, XXIX, 20-21.

(17) Véase su proyecto en la *Russkaja Starina*, VIII, 60-86.

(18) *Dietario de Chrapowitsky*, 25 de julio de 1782.

(1) Véase Tolstoi, II, 34-100. Moroschkin, *Los jesuitas en Rusia*. San Petersburgo, 1867, I, 1-269. Bernhardt, II, 2, 251-260. Los documentos se encuentran en la *Ilustración de la Sociedad histórica*, I, 421-540.

(2) Véase la historia de este ramo de la administración en los *Cuadros del Imperio ruso*, de Storch, 1797, I, 370.

(3) Véase el trabajo del baron Bühler, *Dos episodios de la historia del reinado de Catalina* en la *Russky Wjestnik*, 1870, cuaderno 85, pág. 17.

(4) *Ilustración de la Sociedad histórica*, X, 307. Lo propio escribió á la señora Bjelke, pág. 302. Dió las gracias á Falconet por las felicitaciones que le envió por haberse curado, pero le manifestó que nunca había estado enferma. *Ilustración de la Sociedad histórica*, XVII, 61.

(5) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XX, 245-251.

(6) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XIII, 124.

vesó, la falta de buenos órganos de la administración, los duros sacrificios que exigía la política exterior, y quizás cierto *diletantismo* en la manera de resolver los más difíciles problemas administrativos y legislativos, pueden explicar perfectamente la diferencia que muchas veces existió entre las intenciones de la emperatriz y los resultados de sus

esfuerzos. Pero no son solo los resultados de la legislación positiva y de la actividad administrativa, los que merecen figurar entre los hechos históricos, también el espíritu que informa los trabajos, la dirección en que estos se mueven, la buena voluntad que revelan los actos del gobierno tienen derecho a ser respetados por la investigación histórica.

LIBRO QUINTO

LOS ÚLTIMOS AÑOS.—PERSONALIDAD

CAPÍTULO PRIMERO

CORRIENTES REACCIONARIAS

La Revolución francesa.—Juicio crítico de Catalina respecto de Francia.—Relaciones con los realistas.—Medidas de policía.—Diario de San Petersburgo.—Radicheff.—Nowikoff

La Revolución francesa

En el último período de la vida de la emperatriz inició una nueva era en la historia que constituía una verdadera disonancia respecto de las anteriores.

Catalina que, por sus principios, estaba en oposición con la revolución, no se contentó con hablar ni con escribir, sino que procedió activamente para dar la victoria al partido de los realistas y de los emigrados.

En la naturaleza misma de las cosas estaba que tal conducta no pudiera verse coronada por el éxito. El fracaso de la cruzada contra Francia que predicó y aun apoyó con algunos recursos la emperatriz, la llenó de disgusto y de indignación.

Catalina había llamado a Voltaire su maestro; y tiene un carácter algo trágico el hecho de que la discípula de la literatura culta francesa, de aquella literatura que tanto contribuyó a derribar el antiguo orden de cosas en Francia, desconociese tan por completo la importancia de la revolución, y no considerase más que la parte violenta, mostrándose en su juicio crítico sobre las personas y los partidos completamente tímida y parcial; y oscureciendo los últimos años de su vida con una lucha inconsiderada contra el liberalismo a cuyos principios anteriormente había rendido culto.

Mientras en tiempo de Catalina reinaba completa frialdad en las relaciones entre Rusia y el gobierno francés, la emperatriz seguía comunicándose activamente con los corifeos de la sociedad francesa. La situación del embajador francés en San Petersburgo era en extremo difícil, y la de los representantes rusos en Versalles no ofrecía mejor aspecto; pero bajo el punto de vista de la literatura culta, existía cierta afinidad intelectual entre Catalina y los más reputados escritores de Francia; de suerte que a pesar de haber sido incluida por los hombres de Estado franceses en el Índice de «Instrucción» de la emperatriz, a pesar de combatir aquellos a esta

en las cuestiones polaca y oriental, y a pesar de luchar en Suecia contra los intereses y la influencia de Rusia, existía cierta mancomunidad en el terreno de las ideas del progreso social y político.

En 1780 hubo cierta aproximación política entre Francia y Rusia. El fracaso de la «neutralidad armada» de Inglaterra satisfizo a los hombres de Estado franceses; y Francia creyó poder sacar provecho de Rusia en la lucha contra Inglaterra. Sin embargo, subsistía cierto antagonismo; y aun cuando la amistad existente entre Catalina y Diderot pudo ser beneficiosa para ambas partes, los esfuerzos del célebre publicista para prestar a su patria servicios diplomáticos en San Petersburgo no obtuvieron éxito alguno (1). La emperatriz odiaba a Sabathier de Cabres (2), el cual, a su vez, tenía formada muy mala opinión de Catalina; Durand, Corberon y Vércac desempeñaban, en la corte de Rusia, un papel secundario. En cambio, el conde Segur, muy amigo personalmente de la emperatriz, supo representar hábilmente los intereses de Francia en San Petersburgo. Luis XVI se portó con la emperatriz de muy distinta manera que su antecesor (3). Precisamente en la época en que, durante la permanencia de Segur en Rusia (desde 1785), las relaciones de la emperatriz con Francia habían llegado a adquirir cierta importancia, preparábase la crisis que había de cambiar por completo el modo de ser de la política.

La revolución americana había ya excitado la indignación de la emperatriz, que no podía participar del júbilo que en Francia había producido la emancipación de las colonias inglesas. Catalina decía que, en el puesto de Jorge III, nunca hubiera reconocido la independencia de la nueva República, ni hubiera podido consolarse de la pérdida de tan hermosas

(1) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XVII, 289-290.

(2) Véase la carta de la emperatriz a la señora Bjelke en la *Ilustración de la Sociedad histórica*, XIII, 302.

(3) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XVII, 413.

provincias (1). Y sin embargo, sentía no conocer al famoso héroe de la guerra de la Independencia, Lafayette, que en 1787 había sido por ella invitado a visitarla en Kieff y que no había podido hacer el viaje a causa de las sesiones de la Asamblea de notables. Franklin había querido ir en 1778 a Rusia; pero la emperatriz escribió a Grimm diciéndole que disuadiera a aquel anciano de emprender tan penoso viaje, añadiéndole que tal visita la hubiera halagado mucho más que la que le acababa de hacer Gustavo III (2). Sin embargo, tenía cierta prevención contra Franklin, y al ver el retrato del célebre republicano, exclamó: «No me gusta» (3). No era cosa tan fácil llevar a la práctica las ideas liberales del trono. Se necesitaba una gran despreocupación e imparcialidad para comprender que las ideas de los publicistas estaban íntimamente enlazadas con los sucesos acaecidos en América y en Francia. Todos los partidarios del despotismo ilustrado incurrieron en cierta inconsecuencia e hicieron una doble distinción entre la teoría y la práctica: entre ellos figuraban así el autor del «Antimaquiavelo» como José II, Gustavo III y Catalina II.

Aun cuando algunos pensadores consideraban inevitable y esperasen, por consiguiente, en un porvenir próximo un derrumbamiento del orden de cosas existente en Francia, las potencias en su vida oficial difícilmente podían mostrarse tan pesimistas. Las cortes no creían inminente una catástrofe tan violenta y tan repentina en su manifestación exterior. La Francia de Luis XVI desempeñaba todavía un papel importante en la política internacional, y gozaba en Europa de una consideración muy superior a los medios reales de fuerza de que disponía el Estado.

Poco a poco, cuando en el período de experimentos que duró quince años durante el reinado de Luis XVI, sobrevino una serie de fracasos; cuando ocurrieron las funestas vacilaciones entre las reformas liberales y los compromisos reaccionarios con el antiguo régimen, todo el mundo pudo convencerse de que aquel juego no podía tener buen fin.

Catalina seguía con atención e interés el curso de los sucesos en Francia: el conde Ivan Chernysheff le escribía en 1778 que entre la sociedad francesa reinaba gran excitación, sin que pudiera preverse cuándo acabaría, y que era de temer una explosión terrible, tanto más cuanto que cada día iba en aumento la incuria de la nación francesa. Catalina contestó que le gustaba muy poco la tranquilidad con que María Antonieta lo miraba todo y de todo se reía, añadiendo que en su lugar temería que alguno le dijera: «reírán bien quien ría el último» (4).

En sus conversaciones con Segur, burlábase Catalina del desorden que en la hacienda francesa reinaba y de las dilapidaciones de aquella corte (5). En su carta a Grimm, hablaba de la lucha que existía entre el gobierno y el Parlamento. Leyó con interés el trabajo de Necker sobre el comercio de granos y su *Compte rendu* ó informe, y manifestó la esperanza de que aquel hombre de talento conseguiría librar a Francia de la embarazosa situación económica en que se encontraba, añadiendo que, por experiencia propia, sabía que para ello se necesitaba mucho tiempo. Teniendo estas esperanzas en Necker no pudo menos Catalina de disgustarse en alto grado con la noticia de su caída ocurrida en 1781. Conservó las cartas y los libros que Necker le había enviado; pidió a Grimm que le proporcionase el retrato del célebre ministro de hacienda, y manifestó, en 1785, la espe-

ranza de que Luis XVI no le guardaría rencor alguno. Mas adelante, sin embargo, no quiso leer las cartas de Necker, y en 1790 llegó a emitir la opinión de que hubiera sido un gran bien para la Francia que aquel hacendista no hubiese intervenido para nada en sus asuntos. Poco tiempo después censuró su deslealtad y su vanidad; la indignación que contra él sentía se aumentó con los horrores de la revolución y en 1795 le llamó: «ese infame y necio de Necker» (*ce très-vilain et bête Necker*) y dijo que era hombre odioso, que se alegraba de que Grimm hubiera roto todas sus relaciones con él, y que Necker era un charlatan en quien aparecía siempre el yo en primer término (6).

La famosa historia del collar interesó vivamente a la emperatriz, la cual procuró proporcionarse los documentos del proceso del cardenal de Rohan (7), y censuró a la alta sociedad francesa por estar en relaciones con el charlatan Cagliostro de quien tanto se había burlado en 1781 durante su permanencia en Rusia (8).

En una conversación con Segur, Catalina alabó la convocación de la Asamblea de notables, diciendo que por esta senda podría conseguirse la nivelación de los gastos e ingresos, y Luis XVI llegar a ser tan popular como Enrique IV (9); pero hablando con su secretario particular de la misma Asamblea de notables, decía, no sin cierto orgullo ni tampoco con gran conocimiento de los verdaderos términos de comparación entre Francia y Rusia: «No a todos sale bien una misma empresa: nosotros sí que podríamos convocar una Asamblea de diputados» (10). También escribió a Grimm diciéndole que aquella convocación no produciría grandes resultados, que la idea era excelente, pero que había que estudiarla bien, como había hecho ella en la Asamblea de 1767 a 1768, en la cual no tuvo más mira que la del bienestar general, etc. (11). «Idos al diablo con vuestros notables», escribía poco después. Tampoco en un principio, esperaba gran cosa de Calonne, pero después se hizo partidaria suya. Lafayette le era simpático y le decía que si caía en desgracia de los reyes, ella utilizaría en Rusia sus servicios (12).

Cuando en París se habló de la convocación de los Estados generales, Catalina no sintió simpatía alguna por esta Asamblea y dijo, a principios de 1788, que el gobierno francés haría bien en comenzar una guerra para evitar el cumplimiento de la promesa de convocarla. La emperatriz era de parecer que la oposición del parlamento podía motivar en Francia graves desórdenes y aun promover una guerra civil (13). En sus cartas a Grimm se expresaba también con cierto temor respecto de los Estados generales, haciendo notar que en interés de la Europa debía desearse una Francia fuerte y tranquila en lo interior (14). Cuando Necker resolvió en sentido liberal la cuestión de la «duplicación del tercio», la emperatriz aprobó este paso, sin sospechar la trascendencia que tenía. En una conversación con Segur censuró la insolencia de la Asamblea, y manifestó sus temores de que el rey haría grandes sacrificios, sin conseguir calmar las pasiones por eso (15).

(6) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXIII, 10, 14, 66, 197, 215, 338, 448, 483, 509, 631, 637.

(7) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXIII, 362, 366.

(8) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXIII, 213. Chrapowitsky, 30 de abril de 1786.

(9) Segur, *Memorias*, III, 83.

(10) Chrapowitsky, 26 de abril de 1787.

(11) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXIII, 400-403.

(12) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXIII, 414, 415, 443, 466.

(13) Chrapowitsky, 18 y 25 de mayo de 1788 y 14 de enero de 1789.

(14) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXIII, 432.

(15) Segur, *Memorias*, III, 506.

(1) *Archivo ruso*, 1871, pág. 1, 323.

(2) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXIII, 83-84.

(3) Chrapowitsky, 6 de junio de 1782.

(4) *Ilustración de la Sociedad histórica*, II, 407.

(5) Segur, *Memorias*, II, 343.